

CARTA A UN "RELATIVISTA OBJETIVO"

Estimado amigo:

Tengo el agrado de contestar su atenta carta «filosófica»; en la que me plantea un asunto muy de actualidad.

Dice usted: «Lo único que sabemos es que para nosotros todo es relativo; debe excluirse de las investigaciones humanas todo cuanto se refiera al infinito, lo eterno, la cosa en sí, el primer principio y el último fin; las verdades trascendentales que Spencer llamó con mucha propiedad «lo incognoscible». La ciencia se reduce al estudio de lo que puede compararse por medio de la experiencia. Pero la Metafísica estudia lo más allá, lo incognoscible. Por lo tanto no será propio llamarla ciencia, pues, abarca problemas que el entendimiento no podrá abarcar jamás».

Su argumento riguroso, planteado silogísticamente, concluye en efecto; pero solo de forma no de materia. Es perfecto lógicamente; pero no verdadero. La mayor es falsa en todas sus partes; niego, pues, la conclusión.

He de probar entonces la falsedad de su mayor. A ello voy y lo haré comenzando por un análisis del proceso del conocimiento (lógicamente considerado). En el desenvolvimiento de mi demostración irán apareciendo — así lo espero — argumentos que espontáneamente refutarán proposiciones antecedentes y consecuentes que se contienen implícitamente en sus premisas.

Al grano, pues.

Ciencia, de «scire» (latín), significa en general «conocer». Pero el conocimiento humano tiene varios grados o etapas. Luego «ciencia» es con respecto al conocimiento «género». Tiene varias especies. Luego «la ciencia que se reduce al estudio de lo que puede compararse por medio de la experiencia», no es ciencia en general sino una especie de ciencia; ciencia experimental. Luego su definición es falsa, porque no comprende a todo el definido.

Pruebo mi menor: el conocimiento humano tiene varios grados o etapas.

Demostración:

Primera etapa: el conocimiento es *espontáneo*, se conoce lo que *aparece*; lo que solamente atestiguan los sentidos y la conciencia: los *fenómenos* y las *cualidades*. Cuando niños conocemos las cosas; pero solamente advertimos en ellas que son *cosas* y que se *mueven* (cambian de sitio, de forma, de color, etc...). Nuestro conocimiento es *superficial*, de lo *exterior* de las cosas o de los acontecimientos, *sin relacionarlos*.

Estamos en el campo, región o etapa de la experiencia pura. Solo conocemos *movimientos*.

Segunda etapa: la inteligencia *comienza a relacionar* los conocimientos; no se limita a conocer lo que *se le presente y cómo se le presente*, sino que *aplica* su pensamiento a un objeto *determinado*; observa sus cualidades y fenómenos y *concluye* atribuyendo una cierta actividad inherente al objeto o cosa misma y que explique esos fenómenos y cualidades: *reflexiona*. Ya no se conforma con el «cómo sucede» sino que busca el «por qué» de lo mismo. Estamos ahora en una región *mixta*, de experiencia y razón; región de las causas, facultades, propiedades; de los antecedentes y consecuentes, de lo relativo; del fenómeno con sus relaciones empíricas de coexistencia y de consecuencia o sucesión.

El hombre, situado, pues, ante los fenómenos que le ofrece el mundo de la actividad—fenómenos físicos, químicos, vegetativos, sensitivos, intelectuales; y las enseñanzas de la geología, geografía, historia, etc.—*agrupa y clasifica* sus varios conocimientos según el objeto formal de los mismos.

(*Objeto material* de una ciencia es lo que se estudia; el *formal*, el aspecto bajo el cual se estudia o mira la cosa o suceso, objeto material).

Y naen las ciencias particulares que dan al hombre conocimientos reflejos; pero aislados unos de otros, así como encasillados, enciclopédicos. Ha hecho un análisis remontándose de los efectos a las causas, de los fenómenos a sus antecedentes; pero limitándose cada vez a un grupo determinado de cosas.

Tercera etapa: Viene entonces una nueva reflexión o aplicación del pensamiento reflejo: este saber aislado aunque es reflejo en cada caso es espontáneo en general, porque si bien relaciona varias cosas entre sí conociendo, por tanto, las leyes de cada ciencia particular, sin embargo, éstas no se relacionan a su vez. Su conocer, pues, es todavía espontáneo en cierto modo, es decir, muy imperfecto. La perfección consiste en la unidad; la unidad expresa síntesis.

¿Pero no se podría encontrar un punto de contacto común a todas las ciencias particulares? ¿Los seres del mundo son todos distintos o tiene algo de común entre todos? Este es el oficio de la filosofía: relacionar los diversos objetos formales bajo un objeto común.

Viene esta nueva ciencia sintética—como analíticas eran las particularidades—y baja otra vez de las causas a los efectos y estudia los seres, descubriendo que podemos abstraer sucesivamente un triple objeto común en las cosas sujetas a nuestra observación: el *movimiento*, la *cantidad*, la *substancia* (otras tantas partes en que se divide la filosofía: Física, Matemáticas, Metafísica).

En efecto: todo se *mueve*—cambia accidental o substancialmente;—pero si prescindimos del movimiento nos encontramos con otra propiedad: la *cantidad*, también común a todos los cuerpos, la cual a diferencia del movimiento—que puede aumentar o disminuir—es *permanente* (ley de la conservación de la energía), e *inseparable* de la materia. Mas no miremos ahora ni al movimiento o cambio de los cuerpos, ni a la cantidad o extensión, y aún conoceremos en ellos algo, aquello por lo cual ese ser es lo que es, es él y no otro. Esta nueva propiedad es la *substancia*—principio de la actividad del ser.—La *substancia* o el *ser general*, es propiedad, pues, que la razón o inteligencia, *encuentra* en los seres corpóreos y que la concibe como sin movimiento ni cantidad, es decir, sin materia, sin materialidad, o sea de una manera general, abstracta. Esto es ya el dominio de la razón pura, superior al de la «experiencia pura» y al «mixto». Es la esfera del ser, de lo que es o existe absolutamente en sí y no condicionado o relativamente como el movimiento y la cantidad que no pueden darse si no son sustentados en algo. ¿Cómo se puede imaginar extensa una cosa que no tenga ser, que no sea nada? Antes de suponer movimiento o cantidad necesitamos suponer el *sér* en que puedan estar; mientras que para concebir el *sér* no necesitamos pensar en algo otro, o en algo más, antes que él. Estamos en la razón de lo absoluto, en la Metafísica. La Metafísica, pues, es ciencia (y no crea que ese «*sér*» que digo sea Dios N. S., no; es la «substancia» no más; *sér* que existe «en sí», pero no «de sí», como sería Dios N. S. No obstante este es el camino verdadero por el que llegamos a Dios N. S.).

Usted decía que la ciencia es solo de lo relativo; que lo absoluto era inconcebible, por lo tanto la metafísica, cuyo objeto es lo absoluto, no era ciencia. Creo suficientemente—aunque brevemente—refutado su «relativismo objetivo» con la demostración de que no sólo lo relativo es cognoscible, sino también lo absoluto, pues aunque los sentidos

no lo perciban, la conciencia *alcanza directamente* una causa y una substancia... ¿qué más sino eso somos nosotros mismos?...

Además: si sólo podemos conocer lo relativo, lo experimental, lo material, «lo que impresiona nuestros órganos y del modo como los impresiona»—que es lo que viene a decir usted,—¿cómo conozco «las propiedades de la esfera, las relaciones de los números, las nociones más abstractas de justicia, identidad, género, especie, etc.»...; siendo así que no han afectado ningún órgano mío? Y sin embargo conozco esas cosas. Luego es menester que tenga en mí algún principio que conozca «sin dependencia directa» de las impresiones orgánicas, que conozca por lo tanto lo absoluto. Es el entendimiento. Luego lo absoluto se puede conocer; luego la metafísica es ciencia.

Finalmente usted dice: «lo único que sabemos, es que para nosotros todo es relativo». ¡Usted mismo se destruye!... luego ya hay algo que es absoluto: el saber que todo es relativo; que es ni más ni menos lo que decía su citado Spencer en su libro «Los primeros Principios»: decir que no podemos conocer lo absoluto es afirmar implícitamente su existencia; es probar que lo absoluto está presente a nuestro espíritu, no como nada, sino como algo».

Reconcílese, pues, con la Metafísica, ya que, a pesar de la decantada «ley de los tres estados» de Comte—los cuales son (según él mismo) exclusivos unos de otros, o sea, que mientras se es o está en estado teológico, no puede estarse en metafísico, y cuando en éste no en positivo y viceversa.—Aristóteles, el gran Metafísico, era al mismo tiempo observador sagaz, ni ¿quién negará que Ampere, Pasteur y otros mil hombres de ciencia experimental no fuesen teólogos al mismo tiempo, creyentes y fervorosos en la Divinidad?

Para estas cosas, amigo mía, ha y que exigir *pruebas*, no dejarse convencer por *afirmaciones*.

Resumiendo:

Todo lo dicho se reduce a esto:

La Metafísica es ciencia. Lo pruebo:

1.º *directamente*, probando que puede conocerse su objeto. Pruebo que puede conocerse su objeto: a) explicando el proceso del conocimiento «espontáneo» y «reflejo o filosófico», por donde se ve que el objeto de la metafísica lo sacamos también de la *experiencia* y se *impone* necesariamente a la *razón*; y b) con la demostración de una facultad «a priori» cuyo objeto es lo suprasensible, lo abstracto, lo absoluto; ésta es el intelecto.

2.º *indirectamente* a) con un argumento «ad hominem» tomado

de usted mismo; b) con una cita del mismo positivista Spencer, y c) demostrando la futilidad de la «ley de los tres estados», aunque muy por encima, dado que no tiene valor científico.

Para terminar: Ciencia, según los mismos positivistas, es «el conocimiento de los fenómenos con sus relaciones empíricas de coexistencia y de consecuencia o sucesión»; o sea «un conjunto de verdades ligadas entre sí por sus relaciones empíricas de coexistencia o sucesión». Esto supone, además del objeto material, un objeto formal, o sea, supone hechos suministrados por la experiencia y un conjunto de leyes que le permitan unirlos según sus relaciones necesarias. Pero estas leyes para ser formuladas, suponen principios metafísicos (una ley no se hace comprendiendo los casos particulares directamente observados, sino también los pasados y futuros; debe acudirse, pues, a un principio que no lo da la experiencia sino la Metafísica; es decir, la ciencia debe tener carácter universal—«in verificando» al menos.—Esta generalización o abstracción necesaria, ¿qué sentido la hace?).

Luego el positivismo acepta implícitamente la Metafísica. Pero dice que no puede conocerse lo absoluto. Luego se contradice y destruye a sí mismo, negándose el carácter de ciencia, pues que se niega la posibilidad de formular leyes. O sea: esta doctrina positivista-relativista, es de carácter universal,—se extiende y aplica a todos los tiempos y casos presentes y posibles,—o no; si se extiende ya acepta lo absoluto; si no, usted se destruye, no es ciencia. Luego...

Por último:

El positivismo es materialismo y ateísmo disfrazados: es una teoría hipócrita, pues mientras pretende aparecer agnóstica simplemente, diciendo «no niego a Dios, sólo prescindo de todo lo que sea experiencia», sin embargo define el alma diciendo: «Complejo de las funciones del cerebro y de la médula espinal» (sentido tan falso como materialista puro); y agrega «debe renunciarse por imposible a conocer el origen del mundo, el cual no se explica ni por muchos dioses ni por uno solo».

Este es el positivismo o relativismo, que niega lo absoluto y eso mismo lo afirma en absoluto.

Y por hoy, pongo punto final, reiterándome siempre a las órdenes de sus objeciones, en la seguridad de que las hará animado del espíritu de verdad y sinceridad con que yo le contesto.

ROBERTO WILKINSON DIRUBE.